

# Alerce

N° 100, diciembre de 2022. Sociedad de Escritores y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

## Alerce celebra la edición número 100 y recuerda seis décadas de historia

Una señera alianza entre la SECH y la Universidad de Chile dio vida en 1958 a la emblemática editorial Alerce, de cuya cantera surgieron, entre otros libros, *El cielo cae con las hojas* (1958), de Jorge Teillier, *Quince poemas* (1961), de Miguel Arteche, *Surazo* (1962), de Marta Jara, y *Amaneció nublado* (1962), de Poli Délano. Tres años después de ese impulso inicial, el esfuerzo colectivo dio lugar a la creación de la revista Alerce, que tuvo como primer director, en 1961, a Gonzalo Rojas, responsable de los tres primeros números, a Enrique Lihn como sucesor en el cuarto, a Armando Cassigoli en el quinto y a Ester Matte en el sexto, cerrando ese ciclo en 1964. Como bien señalaba su editorial fundacional, la gaceta se constituía en un espacio abierto a los “escritores de nuestra sociedad, libres de cualquiera discriminación ideológica y estética”, en la que “abiertas quedan estas páginas a todos los vientos polémicos”, con miras a librar “un limpio diálogo entre hombres libres”.

Mucho más tarde, una nueva época alzó la revista, la cual, impulsada por Delia Domínguez, editó su primer número el 1 de junio de 2005. El ejemplar de esa fecha incluía un artículo de Paz Molina, que, bajo el título de *Muertes no, maravillas sí*, rendía tributo al vate de Lautaro con estas palabras: “Recuerdo a Jorge Teillier como asistente asiduo a las innumerables tertulias vividas en el Refugio López Velarde de la SECH. Allí

transcurría la feliz bohemia de toda una generación afligida por los rigores de la dictadura militar. Eran los duros años ochenta, cuando la poesía vibraba en las cuerdas de los corazones, esperanzados pese a todo, en la recuperación de la democracia perdida. Jorge Teillier, junto a Rolando Cárdenas, ocupaban un espacio significativo y emocional, donde cohabitaban el entusiasmo, la desesperación, el vino consiguiente, la amistad redentora, tan parecida al amor”. El texto proseguía así: “Durante largo tiempo observé los ives y venires de estos poetas; particularmente, me sentí atraída por la personalidad misteriosa y carismática de Jorge Teillier. Él guardaba su distancia y su silencio, ignorando amablemente a esta poetisa que comenzaba. Pero un día, que nunca he olvidado, me encontré casualmente con el poeta cerca de la estación del metro, en Apoquindo. Era invierno y él vestía su largo abrigo azul marino. Me acerqué a saludarlo, caminamos juntos un trecho en silencio y, pasando frente a una fuente de soda, el poeta me hizo una seña para que entrásemos. Así lo hicimos y muy pronto me vi frente a una botella de vino, dos vasos y un poeta admirable a quien no me atrevía a dirigir mi impertinente palabra. Así transcurrió la tarde, en un silencio cargado de presagios, mientras el vino se consumía. Nos separamos también en silencio. El mismo silencio con que, años después, despedí sus restos en el Cementerio de La Ligua, mientras mi corazón estallaba en sollozos [...]. Recordamos *Muertes y maravillas*, *Para ángeles y gorriones*, *Cartas para reinas de otras primaveras*, entre otros libros de poesía y la recopilación de sus estupendas prosas, hecha por Ana Traverso, donde se reúnen los ensayos escritos por el poeta a lo largo de los años de mayor lucidez crítica. Teillier comparte con Enrique Lihn la doble capacidad creadora y analítica, tan excelente en su poesía como en su prosa ensayística. Brillante exponente de la Generación del 50, Jorge Teillier incorpora a la poesía chilena una voz entrañable como pocas. La voz de un poeta entregado a su vocación en un compromiso total, y a la experiencia de la vida y la libertad creadora, como un aguerrido militante de la conciencia y de la pluma. Su poesía habla a las nuevas generaciones de poetas acerca de un mundo ideal, tal vez el *País de Nunca Jamás*, en donde los sueños cristalizan y la verdad y la belleza asumen su formidable poderío”.

En tanto, la época actual de Alerce tuvo su comienzo el 1 de julio de 2014, con un primer número que incluyó los versos de Stella Díaz Varín y Juan Cameron, un ensayo de Jaime Quezada en torno a Gabriela Mistral, el cuento *Nadar a la otra orilla*, de Carolina Brown Ahumada, que obtuvo el primer lugar en el marco del Concurso Nicomedes Guzmán, y una entrevista a Poli Délano, quien recuerda su acercamiento al autor de *Pedro Páramo*. A esa conversación corresponde el fragmento que extractamos a continuación.

### ¿Poli, cuándo fue la primera vez que viste a Juan Rulfo?

–Hubo un encuentro de escritores, durante el gobierno de Frei Montalva, un encuentro internacional de escritores que se organizó en Viña del Mar, en el Hotel O’Higgins. Y vinieron figuras importantes de la literatura latinoamericana: Mario Vargas Llosa, Leopoldo Marechal, Juan Carlos Onetti, Jorge Enrique Adoum, Mario Monteforte Toledo y Rulfo. Ahí lo conocí. Yo era de los benjamines en ese encuentro; los más chicos éramos Antonio Skármeta y yo. Bueno, yo tenía muchos deseos de conocer a Rulfo, porque ya era un escritor al que admiraba mucho, y empecé a ir a las sesiones de ese encuentro en el Hotel O’Higgins, y vi que Rulfo no iba (risas), entonces me pregunté ¿dónde se meterá Rulfo? Y empecé a darme vueltas por el hotel y lo encontré en la barra del bar tomándose un cubalibre, solo; a esa hora no había nadie más, y me senté con él y comenzamos a conversar de cualquier cosa. Entonces, después ya éramos dos los que no íbamos a las reuniones (risas), porque nos juntábamos ahí con Rulfo, que se alegraba mucho cuando yo llegaba.

### A él no le gustaba teorizar sobre su literatura.

No, para nada. Una vez, recuerdo, en el marco de ese encuentro, pero en Santiago, en la Sociedad de Escritores de Chile, se hizo una mesa redonda. Y fueron periodistas de varios medios para entrevistar a Rulfo, y yo recuerdo que Ariel Dorfman, que era el encargado de literatura de la revista *Ercilla* en ese tiempo, le hizo una pregunta así como esta: “Señor Rulfo, de usted se dice que es un realista mágico, que es un realista psicológico, que es un realista social. ¿Qué es usted, un realista qué?”. Y Rulfo dijo: “No, yo de eso no sé nada, yo soy un mentiroso nomás, un mentiroso; la mayoría de los novelistas son mentirosos”. “¿Y qué es para usted la mentira?”, le preguntó alguien, no sé si el mismo Dorfman, que a mí no se me ha olvidado nunca: “Lo opuesto a la falsedad”. La mentira es lo opuesto a la falsedad, porque es la mentira literaria, la mentira de la ficción. En el fondo, es la verdad.

### ¿Hay rasgos que te parecen distintivos de lo que él escribe, respecto de lo que en esa década había en el paisaje literario latinoamericano?

Estamos hablando de la década del 60, en que se estaba revelando todo esto del realismo mágico, estaba surgiendo esta publicidad que se generó en torno a varios escritores latinoamericanos muy buenos, que se llamó el *Boom*... y con respecto a este *Boom*, yo llegué a la conclusión de que todos venían de Faulkner, de que era una generación faulkneriana: Faulkner fue como el médium de Joyce. Por lo tanto, la influencia del monólogo interior, de la corriente de la conciencia y todo eso, se debe más a Faulkner. Manuel Rojas, que fue precursor, también era faulkneriano. Un día le dije a Rulfo que a mí me parecía que él venía mucho de Faulkner, pero, sin embargo, él decía que no había leído a Faulkner cuando escribió *Pedro Páramo*. Yo le dije: “A mí me parece que es una novela faulkneriana”. Y me dijo: “Sí, yo tengo que decir que no había leído a Faulkner, porque lo dije en una entrevista antes, entonces tengo que mantenerlo” (risas). ¡Pero lo había leído! (risas).

La época actual de Alerce, que llega en esta edición al número 100, es dirigida por David Hevia, presidente de la SECH en el Directorio Nacional que integran también Isabel Gómez, Paulina Correa, Omar Cid, César Millahueique, Malú Ortega, Roberto Rivera, Nelly Salas, Ana Partal, Jorge Calvo y Carolina González.



# Fernando Arabuena, el verso en los fragmentos de una realidad soñada

Nacido en Cauquenes en 1970, Fernando Arabuena es un poeta cuyo alto compromiso con la cultura se expresa, por ejemplo, en el trabajo que ha realizado tanto para la Fundación Juan Luis Martínez como para La Quinta Medianoche de Julio, iniciativa que rescata y difunde la obra del notable vate chileno Luis Omar Cáceres. Ha integrado los talleres de Cristián León, Marcelo Novoa, Rafael Rubio y Edmundo Moure. Redactor en las revistas Culturizarte y Cine y Literatura, es docente universitario, publicista y director creativo, con un quehacer que cosecha ya el reconocimiento internacional. En 2021 publicó su primer libro, *El Cristo de los tobillos rotos*, que ha sido elogiado por Carmen Berenguer y del cual Alerce comparte aquí un fragmento con sus lectores.

## *El Cristo de los tobillos rotos*

### I

(Los instantes eclipsados  
entre un momento y otro de esta historia  
estroboscópica pueden durar una eternidad)

#### El viaje de Argo

Ningún viaje es continuo, todos son fragmentos de la realidad soñada.

*Aventurado, más allá de las rocas errantes, el argonauta escucha los designios del mascarón. Ahora, como siervo a la orilla de un sueño. Después, como sutil cascabeleo de agua en un día de invierno.*

Muy cerca del mar, los campos cerraron el pacto de los muertos y florecieron lejos del cielo. Así nació un sol diferente desde sus propias montañas, sobre sus propios ríos y bosques. Los hombres abrieron caminos y levantaron casas de cuatro vientos con corredores infinitos, y en sus patios preñados maduraba cada mañana el higo. Y todo fue tan hermoso, tan claros sus amaneceres y tan oscuras sus penumbras, que lo llamaron vida.

Canto:

Y la sangre entró al hombre, a los dioses  
y a lo más profundo de la tierra vivificante.



Y manaron las ánimas del inframundo,  
de tumbas que soñaron la carne del alma.

### II

(Los instantes oscuros de esta historia  
estroboscópica pueden ser re-compuestos  
fantásticamente al escuchar —Moonlight— a  
Beethoven mientras lee)

#### El comienzo de la búsqueda

Descubrimiento de la Antípoda.

*De los transfigurables lugares donde dice haber  
surcado el hombre, algunos se ofrecen a la vista  
para luego desvanecerse. Quedan las preguntas en  
el universo de la bruma, algún mapa fantástico y el  
residuo inexorable de la añoranza y la búsqueda.*

En las alturas periféricas de un pequeño (\*) pueblo,  
donde caminaba tranquilo a campo abierto, tropecé  
con los viejos muros de un cementerio. Tras los  
bosques, a lo lejos reposaban las olas, y en las cimas  
convexas de los nichos de ladrillos crecía el pasto  
del cielo.

(\*) Con la mortal mordedura de la serpiente,  
el alma encarna en el sueño  
que levanta casas, iglesias y plazas.  
Así, el pueblo no es más que el sueño  
póstumo del alma para  
existir en la tierra.

Caminé zigzagueante entre los estrechos pasillos  
somniales. Floté, impulsándome con las cúpulas  
de los mausoleos. Abajo las tumbas miraban al  
cielo, imaginaban juntas la tierra donde se  
levantaban sus plazas e iglesias. Yo debía avanzar  
sin pronunciar palabras, se abrían los jardines del  
cielo. Mis pasos me llevaban entre el sueño de los  
muertos hacia el confuso tiempo grabado en los  
mármoles. A mi espalda, entre la luz que arrastran  
las sombras caminaba (\*) **Eurídice**, quien antes de  
desvanecerse para siempre, entre las brisas  
mitológicas de Argonautas, murmuró débil el  
nombre del poeta. Estaba en la antípoda, frente a la  
tumba irradiante, el lugar donde hombres, mujeres y  
niños imaginaban esa tierra.

Epígrafe:

«Madre, esta mañana en el mar,  
mientras escuchaba a Beethoven,  
una ola alta como tu frente  
y blanca como tu pelo,  
con la ternura de tus manos  
me dijo te quiero.»  
Mario Mejías Iturra

Había encontrado al poeta escultor de santos, al  
estudiante de teología, de singular belleza, que  
cantaba junto a la lira de Orfeo; al viajero que  
regresó del mar para dar clases en el mismo pueblo  
costero que reclamara su joven vida.

(\*) En los prados de Tracia,  
tras la mortal mordedura de la serpiente,  
Orfeo junto a su lira descendió al inframundo  
a reclamar la vida de Eurídice. Hades y Perséfone,  
conmovidos por su bella música, accedieron a que  
su amada  
le siguiera con la condición de no mirarla hasta que  
fuese  
completamente bañada por el sol.  
Al regreso de su (1) **catábasis**, la desventurada  
sombra,  
que aún besaba el talón de Eurídice, le hizo fracasar,  
devolviéndola al inframundo.

(1) Catábasis / descenso y ascenso purificado de la  
conmiseración:

A.- La única forma de no perderse entre los años  
grabados  
en las criptas es buscando la alquimia perfecta  
de los metales de un reloj.

B.- Adelantarlo en algunos minutos. Es importante  
saber

que no se puede burlar la conciencia por mucho  
tiempo.

C.- Encontrar el kairós para dar el primer paso.

### III

(Todo lo que re-construyamos intuitivamente, más  
allá de este relato, es la verdad de esta historia  
estroboscópica)

#### El Cristo de las Candelas

Mario Mejías Iturra.

El ulular del búho coronaba el dintel de las altas  
ventanas. El portón que daba a la vereda permanecía  
con ambas hojas abiertas para los habitantes. Volaba  
el silencio y el perfume de la miel. Las otras  
habitaciones cambiaban constantemente su orden  
entre solsticios y equinoccios, modulando los pasillos  
como laberintos de adobes, a excepción de la cocina  
que estaba en el mismo lugar. Su madre lo quiso así.  
La arboleda de atrás se convirtió en misterio. Decían  
que a sus pies se hincharon los primeros panales de  
abejas que perfumaban el corredor de entrada, y entre  
el daedalum de sus ramas dormía la misma (\*)  
**serpiente** que mordiera el pie de Eurídice en los  
prados de Tracia.

(\*) Siempre debes ofrecer un sacrificio  
al pequeño dios de la conciencia.  
Ya sea para recibir la carne  
o liberarte de ella.

Su madre, de frente amplia, planchaba sus pantalones  
y camisas para que explorara la inmensidad de los  
jardines anecúmenes. Lo miraba, con sus manos  
tomadas y su cabeza levemente inclinada. Cuando  
cruzaban la vista él sonreía entre los tupidos girasoles.  
No la llamaba porque estaba con ella desde siempre.  
Ese cielo olía a sus viandas y a los leños de su fuego,  
cada hoja eran sus manos y la ruta de los mares su  
vientre derramado.

Canto:

Cómo abriga la (\*) **higuera** con sus brazos  
enraizados,  
rompiendo la tierra que sangra fuego de su fruto.  
Y la mañana lo sorprende salvaje  
lamiendo la placenta de su nacimiento.

El arroyo corre,  
sus ojos se abren,  
y entre los dulces frutos negros lo amamanta la loba.

(\*) En el sincretismo de la tierra de la lactancia,  
donde el fauno Luperco, convertido en loba,  
amamanta almas recién encarnadas,  
yacía la higuera Ruminialis, cuyas raíces  
anidaban a los lactantes que comenzarían  
a caminar en esta nueva tierra.  
Era esa tierra revelada  
en su propia luz hembra y proveedora,  
era el comienzo de la eterna procesión de la Madre de  
las Candelas.

Y en ese tiempo temprano, entre los cardenales de su  
imaginada infancia, vio pasar la Procesión de las  
Candelas, entre el pelo blanco y las caricias de la  
madre, entre el sol de sus ojos cultivadores de los días  
de verano. Y refulguraba el sueño, el pueblo entero  
brillaba a la distancia como estrella rebosada de trigo.  
Era en las laderas un nidal de helechos y nalcas,  
taumatropo de migrantes aves fantasmas.

Canto:

Y en su pecho rompían olas,  
moldeando arenales.  
Esculpiendo,  
como el tiempo a la carne.

Llegó de la distancia.

Y la rusticidad de las palabras se llenó de tal sentido  
que se destruyó letra por letra, como mirajes  
desenvainados en distantes legiones áureas. Allá,  
como meteoros errantes; acá, como rayos del sol  
temprano tropezando con una ventana.